

No para siempre en la tierra, sólo un poco aquí... La muerte y el México prehispánico

NELSY AÍDA REQUENA YAÑEZ

¿A dónde iremos a donde la muerte no existe?...Aquí nadie vivirá para siempre...
¿Con qué he de irme? ¿Nada dejaré en pos de mí sobre la tierra?
Nezahualcōyotl

Desde los estudios de la arqueología, la aproximación hacia la idea de la muerte se ha logrado a través de la excavación, análisis e interpretación de los entierros, las ofrendas, los murales, las estelas, los códices y los escritos históricos de las crónicas de los españoles que han sobrevivido a través del tiempo.

Aunque podemos decir que existieron diversas sociedades en el México prehispánico, cada una de ellas con sus propias concepciones, también podemos hablar de ciertas similitudes en la forma de percibir la vida-muerte como un binomio difícilmente separable.

El binomio contrario de vida-muerte y el mito de creación

La forma de percibir la vida y la muerte derivan más que nada de los mitos de creación. Las culturas antiguas mantenían la idea de un cosmos dinámico en que las fuerzas positivas y negativas estaban en constante interacción, donde la tierra jugaba un papel importante ya que en ella se producía el choque y la armonía de los contrarios.

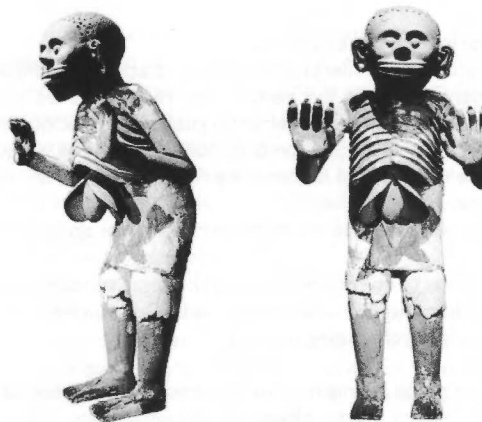
Estas profundas contrariedades que hay en las mismas fuerzas naturales estaban simbolizadas en los extremos; por ejemplo, el sol da luz y calor a la tierra, y su tránsito por el cielo incluye también a la lluvia que dota de agua a las cosechas; pero se reviste de negatividad cuando el sol causa sequía por el exceso de calor y el cielo manda las tormentas que llegan a provocar inundaciones, destrucción y hasta la muerte.

Igualmente se entendía un inframundo de muerte y oscuridad, donde se gestaban las fuerzas que ocasionaban enfermedades; pero, en su contrario positivo se generaban manantiales del líquido vital y se iniciaba así la vida de las plantas por la germinación de las semillas. Esto nos da una idea de la complementación entre las fuerzas naturales positivas y negativas.

De acuerdo a los mitos de creación, fueron los dioses quienes crearon al humano para que les dotara de la fuerza y la vitalidad por medio de la ofrenda de la sangre, producto de la auto-inmolación del humano, y así permitir que el universo se mantuviera en equilibrio. Es por ello que los humanos en su agradecimiento por la vida debían mantener el orden cósmico ofreciendo sacrificios humanos, auto-sacrificios, así como las ofrendas junto con los rituales y fiestas (Navarrete, 2002: 31; De la Garza, 1998:44).

Estas ofrendas podían ser dedicadas ante algún evento que presagara algo negativo; en la agricultura, para asegurar buenas lluvias y cosechas; para consagrar años nuevos, edificios o casas; para pedir que se retiraran ciertas enfermedades; para obtener el perdón ante algunos castigos o mantener el agrado de los dioses ante buenos tiempos. En el caso de los grupos de la Comarca Lagunera, Guevara (2009) nos comenta que los frailes españoles documentaron que cuando una persona enfermaba de gravedad ofrendaban a un niño recién nacido, o cuando se hizo visible un cometa en 1607, los indígenas ofrendaron comida e hicieron ceremonias para conseguir la protección de los dioses.

Este ciclo de la vida-muerte humana se ha asemejado también a los ciclos estacionales del año, en la noción que la persona está conformada de un



Mictlantecuhtli

cuerpo físico y una serie de entidades anímicas invisibles, las cuales tienen diferentes destinos al morir, pero dejan la semilla que permite perpetuar la vida en la tierra al ser reusada por otro ser, cumpliéndose así el paso transitorio entre invierno-primavera o muerte-vida, mientras que las almas continúan su trabajo ahora en otro plano no físico (López, 1999:7,9).

Tanto en la concepción nahua como en la maya —que han sido ampliamente documentadas— se encuentran ideas semejantes en el destino final de la entidad anímica, la cual dependía de la forma de morir y por lo tanto de la deidad que la reclamaba para su servicio en el más allá, puesto que el difunto se obligaba a cumplir una serie de trabajos.

Los dioses reclamaban al ser humano para su servicio. La muerte por rayo, enfermedades relacionadas con el agua, entre otras, eran provocadas por Tláloc o los dioses de la lluvia; mientras que las mujeres muertas en labores de parto, los guerreros caídos en combate o sacrificados servían al dios del sol. En la ideología maya existía también el Xibalbá, Mictlán para los mexicas, a donde iban todos aquellos que no tenían una relación directa con algún dios o que no era posible determinar la forma de su muerte (De la Garza, 1998:42; Austin, 1998:7,8).

Ahora bien, el difunto debía transitar por un viaje en forma inversa al nacer, es decir, pasar por nueve peligros antes de llegar al vientre del universo (Matos, 1998: 17). Para este viaje se ofrendaba comida y artefactos que le serían útiles en su camino además de animales, principalmente aquellos que estaban relacionados con la noche y el inframundo —los perros o los jaguares, por ejemplo—; en el caso de los funerales de señores principales se ofrendaban sirvientes y doncellas.

Las evidencias arqueológicas

La aproximación arqueológica hacia la concepción de la muerte en el México prehispánico se da a partir de los contextos fúnebres. Estos nos permiten acceder —con base en los objetos recuperados— a las costumbres funerarias que fueron practicadas en determinados periodos y lugares. Algunas características que son tomadas en cuenta para la interpretación



de estos contextos tienen que ver con el lugar donde fue depositado el cuerpo (directo en la tierra, cesta, vasija, tumba, etc.), la posición corporal en que fue colocado (decúbito dorsal, decúbito ventral, flexionado sedente, etc.), el acompañamiento del entierro con ofrendas (personas, animales, objetos de diversos materiales) o sin ellas, la ubicación del entierro (debajo de una casa, dentro de un edificio, etc.), entre otras; todo ello nos permite aproximarnos a una interpretación del contexto funerario y determinar —de acuerdo al grado de conservación de los objetos arqueológicos— quién era esa persona, cómo vivió (aun se puede determinar sexo, edad, enfermedades) e incluso se puede dilucidar el estrato social al que perteneció en vida.

Se distinguen varios tipos de entierros:

- El primario: cuando el cuerpo mantiene su relación anatómica.
- El secundario: cuando los restos son removidos de su entierro primario y puestos en otro lugar ya sin guardar su relación anatómica.
- Entierros incinerados: que como su nombre lo indica, se quemaba el cuerpo y se depositaban las cenizas y restos óseos en un recipiente o contenedor.
- Entierros directos: el cuerpo es depositado en un agujero hecho en la tierra.
- Entierro indirecto en continente natural: cuevas, cenotes, pozos, etc.
- Entierro indirecto en continente artificial: tumbas, adoratorios, recipientes, fosas, chultunes, sótanos.

Las ofrendas que solían acompañar los entierros eran objetos de cerámica, concha, caracol, piedra verde, obsidiana, pedernal, sílex, entre otros. En algunas ocasiones, como en el caso de infantes o nonatos, las madres les ofrendaban una falange; y, como ya se señaló, a personas que ostentaban un alto rango dentro de la sociedad se les ofrendaban niños, jóvenes, sirvientes o animales.

Los objetos materiales dispuestos como ofrendas —principalmente se ha observado en la cerámica— también eran “matados”; esto corresponde a una práctica ex profeso para simbolizar que dejaba de ejercer su función principal y se convertía en una ofrenda, misma que muchos investigadores interpretan también como la muerte del objeto para poder pasar hacia el otro plano (Lara y Guevara, 2006:58-59).

Algunos edificios eran consagrados durante su construcción con ofrendas que eran depositadas en las esquinas o costados de los mismos para dotarlos de vitalidad, como es el caso de las ofrendas de vasijas, niños, cráneos, águilas y jaguares en algunos edificios del centro y sur de México (Guilliem, 2003; García, 1998; Cabrera, 1998; Carrasco, 1998; Robles, 1998; Román y López, 1998).

Las formas de entierros

Existen cambios en la forma de enterrar a las personas en los periodos del preclásico hasta el posclásico. Por ejemplo, durante el preclásico se generalizan los entierros primarios con ofrenda funeraria y posición del cuerpo extendida, tomando sus características de acuerdo a la región en donde se pudieran localizar los entierros. Durante el clásico se empieza a ver una mayor complejidad en los entierros, debido principalmente a las marcadas diferencias sociales entre los individuos —por ejemplo en entierros de niños, adolescentes y señores principales—. En el posclásico se hacen más comunes los sacrificios humanos, la cremación y colocación en ollas (Matos, 1998).

Era también común enterrar a los muertos debajo de los pisos o detrás de las casas. En el área maya se volvía a construir una casa nueva después de enterrar al difunto y de forma parecida sucedía en las casas de los señores principales o Ajaw, al erigirse una nueva estructura arriba de sus tumbas; esto se hacía para que el difunto cuidara desde el más allá a la familia o, en su caso, a la ciudad.



Máscara Vida - Muerte

Los entierros en cuevas y cenotes ejemplifica la conexión entre el mundo de los muertos y de los vivos, ya que se consideraban como pasos simbólicos de comunicación entre ambos mundos. En algunos casos estos lugares se convirtieron en el destino final para depositar los restos, ya que existían prácticas de remover y re-depositar los esqueletos de ciertos personajes; a esto se le conoce como entierros secundarios (Rojas, 2007). También las vasijas eran consideradas equivalentes al vientre materno y se solía depositar en ellas los huesos o las cenizas.

Últimas consideraciones

A lo largo del presente escrito se abordó la muerte desde la arqueología y cómo ésta nos permite aproximarnos a las costumbres funerarias practicadas en el México prehispánico.

Vista la muerte como un proceso natural y común, se manifestaba en la vida diaria a través de los ritos y las ceremonias de sacrificios, auto-inmolación y ofrendas que les permitía continuar con la vida, el equilibrio del cosmos y la protección de los dioses. Su trascendencia iba más allá de este plano, al cumplir con otras funciones al servicio de los dioses que reclamaban sus almas.

La expresión de la muerte que, dada por diversos medios, se ha quedado plasmada en formas de entierros, imágenes en vasijas y otros materiales, nos da cuenta de ese complicado proceso de morir y trascender.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cabrera Castro, Rubén (1998).** “Los ritos funerarios en Teotihuacan y su diferenciación social”. *Arqueología Mexicana*, Vol.VII, No.40, pp.24-27.
- De la Garza, Mercedes (1998).** “La muerte y sus deidades en el pensamiento maya”. *Arqueología Mexicana*, Vol.VII, No.40, pp.40-43.
- “Mitos mayas del origen del cosmos”. *Arqueología Mexicana*, Vol.X, No.56, pp.36-41.
- García Moll, Roberto (1998). “Tlatilco”. *Prácticas funerarias*. *Arqueología Mexicana*, Vol.VII, No.40, pp.20-23.
- Guevara Sánchez, Arturo (2009).** *El nomadismo en la Comarca Lagunera. Siglos XVII y XVIII*. Universidad de Coahuila, ECS-CGD-PCU. Coahuila, México, pp.92-102.
- Guilliem Arroyo, Salvador (2003). “Ofrendas del Templo Mayor de México Tlatelolco”. *Arqueología*, No.30, Segunda Época (mayo-agosto), pp.65-87.
- López Austin, Alfredo (1998). “Misterios de la vida y de la muerte”. *Arqueología Mexicana*, Vol.VII, No.40, pp.4-9.
- Matos Moctezuma, Eduardo (1998).** “Costumbres funerarias en Mesoamérica”. *Arqueología Mexicana*, Vol.VII, No.40, pp.11-17.
- Navarrete Linares, Federico (2002). “Vivir en el universo de los nahuas”. *Arqueología Mexicana*, Vol.X, No.56, pp.30-35.
- Robles García, Nelly M. (1998).** “Tradiciones funerarias y estratificación social en Mitla”. *Arqueología Mexicana*, Vol.VII, No.40, pp.32-35.
- Rojas Sandoval, Carmen (2007).** “Cementerios acuáticos mayas”. *Arqueología Mexicana*, Vol.XIV, No.83, pp.58-63.
- Román Barrelleza, Juan Alberto y López Luján, Leonardo (1998).** “El funeral de un dignatario mexica”. *Arqueología Mexicana*, Vol.VII, No.40, pp.36-39.